

El silencio es salud. Trauma en el analista: consideraciones a partir de la consulta por una niña *

Ana Rozenbaum de Schvartzman

“Quien alguna vez comenzó a abrir el abanico de la memoria no alcanza jamás el fin de sus segmentos; ninguna imagen lo satisface, porque ha descubierto que puede desplegarse y que la verdad reside entre sus pliegues”.

W. Benjamín

INTRODUCCION

Se trata de un intento de reflexionar acerca de una consulta enmarcada en nuestra historia reciente y sus consecuencias hacia el presente. Una evocación que busca recuperar imágenes y sentidos retrospectivamente.

Repensar esta consulta implica reconsiderar simultáneamente la influencia del contexto social en el aparato psíquico y en el encuadre.

La propuesta de articular una consulta individual con la historia colectiva, cumple con el objetivo de transformar el escenario en un espacio ampliado que posibilite llevar a cabo una lectura dialéctica, ya que no podemos reducir los elementos explicativos sólo a factores intrapsíquicos singulares, ni tampoco realizar una reducción inversa, limitándolos a causas socio-culturales.

* Este trabajo fue presentado en el Ateneo del Departamento de Niñez y Adolescencia de APdeBA del 7/9/2005.

El contexto histórico social, a través de sutiles anudamientos, puede hacer suponer como individual aquello que es condición de la cultura. Los condicionamientos suelen ser tan poderosos que se hace a veces difícil distinguir entre los elementos psíquicos singulares, y los elementos aportados por una época, propiciatoria de determinadas configuraciones subjetivas y no de otras.

LA CONSULTA

Es sabido que ante la consulta por un niño, los padres acuden en busca de ayuda, supuestamente para un tercero implicado, su hijo, suscitándose desde ese momento una compleja trama de interrogantes y expectativas cruzadas.

Nada sabe el analista en ese primer encuentro, ni del niño, ni de sus padres, tan sólo conjeturas que teje la imaginación.

¿Qué permite observar el encuadre de una consulta por un niño acerca de la realidad psíquica inter y trans-subjetiva, y de qué permite dar cuenta?

El encuadre analítico de una consulta, más allá de posibilitar un diagnóstico y facilitar la instalación de un proceso analítico, tiene la capacidad de poner en marcha muchos otros fenómenos; hasta se podría llegar a afirmar que, en ocasiones, pone en movimiento más elementos de los que puede contener. Además, sea cual fuere su destino, y aunque los interlocutores no volvieran a verse jamás, esas entrevistas quedarán inscriptas en una secuencia de acontecimientos psíquicos, que por diferentes razones, podrán comenzar a activarse en algún momento en cada uno de los participantes.

La consulta por esta niña, prolongada en el tiempo, tuvo dos etapas muy diferentes.

Primer tiempo:

Conocí a Paula a principios de la década del 80, eran los años de la larga noche de la dictadura militar.

Había dicho su pediatra: “Tiene alrededor de cuatro años pero aún no habla bien, ya hemos descartado problemas acústicos y neurológicos”.

Los padres dijeron que el embarazo había tardado en llegar, pero

había sido normal, también el parto, y casi no le habían dado pecho porque “tenía poca leche”.

“Es la única nena entre adultos y quiere ser el centro, nos quiere tener pendientes, no quiere crecer, es rara, difícil, da mucho trabajo para comer, para dormir, para bañarla. Todo es con mucho esfuerzo, quedamos muy cansados”.

“Todo fue con retardo, comenzar a caminar, a hablar; ahora va a un jardín de infantes donde no juega con nadie, sólo muerde y tira de los cabellos; allí dice muy pocas palabras, en casa habla un poco más, aunque en general se hace entender por señas”.

El padre finalizó la entrevista diciendo: “Mi mujer está abrumada, nerviosa, suele gritar, llorar, amenazar con irse, abandonar todo o hasta matarse. ¡Para ella esto es una desgracia terrible!, yo no lo veo así, pero claro, yo estoy menos en la casa”.

Las horas de juego se desarrollaron en un clima caótico, de inestabilidad psicomotora, de indiscriminación y ausencia de simbolización. No respondía a mis preguntas, intervenciones, tentativas de diálogo o propuestas. Tan sólo silencios intercalados con monótonos monólogos compuestos fundamentalmente por dos frases, apenas inteligibles, que se repitieron incansablemente:

“¿Cómo te llamas?... Ahora viene mamita...”

Desde el inicio se dedicó a arrojar y desparramar todos los juguetes, y a deambular sin rumbo a través del consultorio con su mirada como perdida en un fondo lejano, pisando y pateando todo lo que encontraba a su paso.

Ya casi sobre el final reparó en una pequeña pelota, la tomó en sus manos, la examinó unos momentos, y repentinamente la arrojó por la ventana. Perpleja y afligida comenzó a repetir implorando: “¿Pelota..., pelota...?” La evidencia de su desaparición parecía haberla angustiado.

Ante mis explicaciones, sólo replicó varias veces: “¿Vos te llamas Ana?” A continuación se sentó, tomó unos bloquitos e intentando mirar por sus orificios comenzó a tirarlos y a reírse sin sentido.

Se indicó tratamiento y aceptaron una derivación; acordamos reunirnos cada tanto con los padres.

Paulatinamente comenzó a hablar más, a hilvanar frases más complejas, a esbozar juegos simples; es decir, hubo ciertos progresos aunque con limitaciones. Con el tiempo se agregó un tratamiento psicopedagógico, y también, al encontrar el colegio adecuado inició una escolarización posible.

Así fueron pasando los años.

Finalizada la larga noche de la dictadura militar, terminaban también, lentamente, las ambigüedades, las represiones, las omisiones, las desmentidas. Vinieron tiempos de cuestionamientos, de rememoraciones, de resignificaciones.

Concluía un ciclo que había llevado a la sociedad argentina a un extremo de desintegración y alienación que alcanzó su núcleo más terrible, desmesurado y al mismo tiempo revelador, en la práctica habitual de la desaparición de personas.

La tragedia de los desaparecidos era un símbolo de la profunda fractura social. Comenzaba por entonces a desplegarse el papel de los familiares de “desaparecidos” en las luchas por el esclarecimiento y la memoria.

Segundo tiempo:

Ellos solían venir un par de veces por año; ya sea para intercambiar comentarios acerca de la evolución de la niña, ya sea para buscar orientación y consuelo.

Pero esta vez el tema era diferente; adoptando un tono confidencial dijeron: “Paulita no es normal ni lo será nunca, para nosotros es una carga tremenda, queremos resarcirnos de estos sinsabores y por eso queremos adoptar un varón. Ya somos mayores..., además alguien tendrá que ocuparse de ella cuando nosotros no podamos más... No sabemos cómo manejar este tema con ella, queremos que nos ayude...”

¿Cómo describir ese sentimiento de extrañeza tan desconcertante que comenzaba a insinuarse en la mente del analista, fruto sin duda de un reconocimiento inquietante?

Tal vez es propio de todo descubrimiento aparecer imprevistamente, pero una vez producida la irrupción, ésta comienza a perfilarse en representaciones a la búsqueda de inscripciones, de pensamientos, de palabras; surgen recuerdos, asociaciones, deducciones, resignificaciones.

¿Acaso se trataba de una percepción o idea alojada en el aparato psíquico que había permanecido en la memoria ocupando un lugar a la espera de significación, y que tan sólo pudo adquirir sentido cuando lo permitió el contexto?

Parecía tan obvio, Paula era adoptada.

No lo tardarían en confirmar al admitirlo titubeando, no sin cierta sensación de incomodidad.

“Sí..., sí..., tiene razón..., Paula es adoptada..., pero..., la anotamos como hija nuestra..., sabíamos que..., pero..., alguien nos conectó, no podíamos saber que nos daban una chica enferma, nos aseguraron que era sanita, la hicimos revisar. Cuando nos la dieron tenía más de un mes”.

Tan sólo los parientes más cercanos lo sabían. Tampoco el pediatra que me había convocado.

Como presagiando la secuencia, y adelantándose a una pregunta que en esos tiempos se volvía ineludible formular, continuaron diciendo:

“No tenemos ninguna duda, ella no es hija de subversivos, nada que ver con todas esas cosas que se andan diciendo ahora por ahí. ¡Además, se exagera tanto!”.

Esta apresurada declaración de inocencia, sumada a la inmediata acotación trivializando los trágicos hechos ocurridos, generaron un quiebre de confianza.

Lo traumático había irrumpido bruscamente en el consultorio.

Fue inevitable que la sombra de la sospecha cayera sobre estos padres.

Una vez instalada la sospecha, ésta comienza a generar malestar produciendo a su vez un efecto traumático por la reactivación de angustias paranoides o confusionales.

Múltiples interrogantes y conjeturas comenzaron a emerger, ilustrando mi perplejidad y mi malestar ante el impacto de la revelación.

En primer lugar, se hacía necesario repensar la sintomatología de la niña desde nuevas perspectivas.

Paula era ya una niña severamente perturbada cuando la conocí. ¿Qué habría desencadenado tal conmoción psíquica?

Para que un sujeto advenido al mundo construya su psiquismo, para que organice su mundo interno, es vital que pueda apoyarse en el funcionamiento psíquico de las personas que constituyen su entorno, es decir, en primer lugar sus padres, quienes le van a dar un lugar en la familia actual y en la sucesión de generaciones. “Es imposible considerar que la vida psíquica del hombre echado al mundo aún inacabado, pueda desarrollarse virtualmente al margen de la realidad de sus objetos”. (Freud, S., 1926)

Ahora bien, se trataba en este caso de una niña adoptada, y además, se desconocían los sucesos vinculados a sus primeros días de vida.

Entonces, si bien es verdad que ninguna realidad histórica, por

patógena que sea, alcanza por sí sola para dar cuenta de una u otra psicopatología, y que de las condiciones precoces de la infancia no podemos inferir el destino psíquico futuro, también es verdad que una situación tan potencialmente traumática en sí misma como el encuentro con la *ausencia*, impone al niño una violencia y un sufrimiento que exigen un esfuerzo no siempre fácil de sostener, lo cual puede llevar a causar fracasos en el psiquismo.

En su notable trabajo, Baranger, M. y W. y Mom, J. (1987), enfatizan la importancia de las situaciones traumáticas centradas en experiencias de pérdida y separación, sobre todo con respecto a la madre. Afirman que “la situación traumática desemboca en una ‘inundación’ del yo, que se vuelve incapaz de administrar una situación que viene a reactivar su estado primitivo de desvalimiento”.

Para que el sí mismo emergente no se vea invadido por la angustia de desintegración o catastrófica, es imprescindible la labor del Yo de un adulto.

Y en este caso, ese adulto no se había presentado a la cita.

Una segunda cuestión competía a las características de la madre adoptante:

Se trataba de una mujer que no podía regular su propio psiquismo invadido por ansiedad, inseguridad, dudas, fatiga, irritación. Su estado de depresión, fragilidad, y desorientación la incapacitaban para relacionar su aparato psíquico con el de la niña, y para contrarrestar el desvalimiento infantil mediante la catexia narcisista y objetal. Se hallaba por lo tanto imposibilitada para poder ejercer lo que ha sido denominado de múltiples formas: “preocupación maternal primaria” (Winnicott, 1956), capacidad de “reverie” (Bion, 1962), etc.

Entonces, a la temprana herida del Yo, se había sumado como factor traumático, esta discapacidad, este déficit, que había duplicado la primitiva ausencia, ya que el encuentro con su madre adoptante había resultado en una cruel desilusión.

De modo que para esta niña no había existido ningún bálsamo para aliviar la primitiva herida narcisista, que tal vez por el contrario, se vio exacerbada por la experiencia padecida posteriormente.

Estas sucesivas brechas en la “función materna” se habían constituido en un “trauma acumulativo” (Khan, M., 1963) almacenado en este caso, en un encadenamiento sucesivo a través de diferentes psiques.

Por último: ¿acaso podemos sustraernos de la estructura social en la que estamos inmersos?

No hay historia que pueda prescindir de los acontecimientos, ya que éstos, inevitablemente, imprimen su sello a las representaciones mentales.

Desde esta perspectiva: ¿el estado caótico de la niña al momento de la consulta, tendría alguna conexión con la amenaza de caos y derrumbe que había padecido la sociedad?

¿Se trataba acaso de uno de esos niños a quienes les había sido arrancada su identidad, tejiéndose alrededor de ellos una red de mentiras acerca de su nombre, relaciones de parentesco, edad, etc.?

En ese sentido, Ferenczi fue de los primeros en reconocer el efecto de la mentira y el engaño como factores traumatizantes para el niño; de cómo padres ambiguos, confusos, emisores de mensajes falsos, alteran su funcionamiento psíquico.

Temática referida a una infancia sufriente, violentada y desdichada, que en este caso, abarcaba además el terreno de la violencia social como hecho traumático.

Retomemos ahora el malestar en el analista.

TRAUMA EN EL ANALISTA

A través de esta consulta se había puesto en jaque su capacidad diagnóstica.

¿Por qué en este caso en particular, su escucha no había funcionado como un llamado a la verdad?

Un camino infinito se abre cuando se interroga el pasado, y la búsqueda de la verdad a lo largo de ese recorrido hacen que el trabajo sea interminable, los sentidos rebotan de una dimensión a otra, modificando hipótesis anteriores, y conduciendo a deducciones cuyo resultado siempre será inestable y frágil.

Aun cuando nuestra práctica se desarrolla mayormente en el registro de la incertidumbre, el analista es por vocación un revelador de verdades, de modo que resultaba difícil aceptar las limitaciones en las que había transcurrido esta consulta, en que había quedado alterada la posibilidad de diferenciar hijo biológico de hijo adoptivo.

Lo cual generaba malestar y constituía en cierto modo una herida narcisista.

Porque si bien es verdad que los padres no siempre admiten una adopción en las primeras entrevistas, la experiencia indica que en

general ésta suele descubrirse a lo largo de la consulta, ya que se infiere del material que aporta el niño quien la “revela” de algún u otro modo a través de sus asociaciones.

Y aunque se trataba en este caso de una niña severamente perturbada que apenas hablaba, no jugaba, ni dibujaba al momento de la consulta; y que además, por otra parte, físicamente no se apreciaban demasiadas diferencias entre ellos (argumentos todos que podrían ser considerados como atenuantes para justificar la falla diagnóstica), aún así, los interrogantes asediaban a la autoestima, haciendo inevitable el surgimiento de sentimientos de vergüenza, y hasta de culpa.

El anhelo de coherencia invitaba a no evadir los sentimientos turbadores sino más bien a darles todo su valor en la reconstrucción y afirmación de la propia identidad.

Tampoco es factible disociar la significación de esta consulta del entorno cultural e ideológico de la época, así como de las condiciones políticas en las que tuvo lugar, sometiéndose o tropezando con ellas.

¿Acaso el analista no es también un sujeto de la historia?

En ese sentido, sin desestimar que bien podría ser una evasión depositar en el campo social la responsabilidad analítica, habría que considerar si esta falla, no se vinculaba a su constitución como sujeto de la cultura imperante en el país en aquellos tiempos.

La dilucidación de esta problemática, llevaba al replanteo de la cuestión de la invasión de la mente del analista y del encuadre analítico por la catástrofe social.

¿Era condición del régimen dictatorial una cierta cultura del miedo que forzaba a un repliegue que comprometía finalmente el aparato de percepción y juicio de realidad en el analista?

“Cuando, como consecuencia de cambios bruscos en el mundo exterior, la ambigüedad invade al yo, se producen síntomas diversos cuyo denominador común es la obnubilación del pensamiento y la pérdida momentánea o permanente de las facultades más elaboradas del individuo..., ‘après coup’, pasada la situación traumática, deja al sujeto asombrado y decepcionado de sí mismo, porque cada uno se exige continuidad y coherencia identitaria e intenta integrar sus pertenencias”. (Amati Sas, S., 2004)

Por otra parte: ¿que decir acerca de los efectos que ejerce el discurso social en la subjetividad?

Recordemos entonces, que entre los conocidos mensajes de las campañas de acción psicológica de la dictadura, preconizadores de la renegación social, el gobierno había instituido en esa época una

verdadera cruzada publicitaria con afiches que ensalzaban: “El silencio es salud”.

Expresión formulada en ese sugestivo estilo del lenguaje gramatical al que solía apelar la dictadura, en que las conjugaciones verbales aparecen en un presente impersonal coexistiendo con un futuro utópico. Frase que condensaba todo un sistema de prohibiciones tácitas pero imperativas en aquella época, y que formaban el código de lo decible y lo indecible para la sociedad.

Ahora bien, el silencio no alude literalmente a la ausencia de la voz discursiva, sino también al significado implícito de negación o desmentida.

Por lo cual podríamos permitirnos hacer una extensión del concepto formulado por P. Aulagnier, para pensar que esta inducción al silencio, estaba al servicio de operar sobre los sujetos a la manera de enunciados identificatorios conducentes a un estado de alienación.

Si consideramos que la niña no hablaba, que los padres silenciaron la adopción, y que el analista, y todos aquellos involucrados en la consulta se vieron aquejados por una extraña sordera, debemos reconocer dolorosamente, que en efecto, la palabra enmudeció.

En un sentido profundo, la dictadura puso a prueba a la sociedad argentina, y hay que admitir que muy pocos pasaron la prueba. Gran parte de la sociedad estuvo sumida en una conspiración de silencio y apeló a la renegación. (Braun, J.; Pelento, M., 2004)

Cabe consignar que el segundo acto se desarrollaba en el contexto del estallido de testimonios, imágenes y denuncias de la sociedad, es decir muy diferente al primero, que había ocurrido en las condiciones de ocultamiento impuesto desde el vértice del poder.

Estos eran tiempos en que la onda expansiva surgida a partir del fenómeno de la desaparición, nos llevaba a enfrentarnos en la intimidad de nuestros consultorios, con una clínica en la que iban haciéndose cada vez más evidentes los efectos de la violencia que había imperado.

La imagen de niños-hijos de padres secuestrados, o nacidos en cautiverio, entregados en adopción como si hubiesen sido abandonados por sus padres carnales, niños a quienes se les robó una parte de su historia, ponía en evidencia, una vez más, que la realidad había ido más allá de la imaginación en cuanto a su cualidad terrorífica.

Hasta provocaba un sentimiento como de vergüenza, pero de cualidad muy diferente a aquella sentida frente a la falla diagnóstica. Era ésta una vergüenza asociada al espanto, era “la que siente el justo

ante la culpa cometida por otro, la que pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen”. (Primo Levi, 1987)

Y si bien el mal es un fenómeno recurrente y tan antiguo como la humanidad, y si bien le había tocado a nuestra época conocer la forma más acabada y cumplida del mal, cual fue el Holocausto, y si bien desde entonces ya nada será como antes, y ya nada debería sorprendernos, aún así...

Aún así, se trataba de un reconocimiento particularmente doloroso, fruto de comprender que: “En el pasado sucedió algo que no es que fuera simplemente malo o injusto o brutal, sino algo que no hubiera tenido que pasar bajo ninguna circunstancia”. (H. Arendt)

Revisitando la consulta:

Reunirnos todos los que habíamos intervenido de una manera u otra en esta consulta permitió abrir un espacio para compartir la carga emocional de la experiencia compartida; los sentimientos de extrañeza, de desconcierto, la indignación y el desaliento.

Se hacía necesario echar sobre la consulta “otra mirada”, evocando datos y escenas susceptibles de ser hilvanadas en una trama que les otorgara sentido, intentando encontrar en ellas el eco de nuestras preguntas. Se iniciaban así disputas de sentido que comunicaban el pasado, aún significativo, con el presente.

Desde esta perspectiva, tanto el silencio como cada una de las pocas palabras o frases emitidas por la niña, como así también cada uno de sus actos en el tiempo de la consulta, reclamaban ser reconsiderados a partir de una nueva lectura, ahora particularmente inquietante, necesariamente teñida por prejuicios y recelos, surgidos en función del nuevo contexto.

¿Qué intentaba comunicar ese pequeño ser a través de sus silencios o sus trocitos de discurso?

¿Se trataba de un ruido de palabras que ocupaban el lugar de lo indecible? ¿Era acaso una señal de socorro?

Esos monótonos monólogos compuestos fundamentalmente por dos frases, apenas inteligibles, que se repitieron incansablemente: “¿Cómo te llamas?... Ahora viene mamita...”, aludían, sin duda, al desconcierto respecto a su identidad y al anhelo por su mamita perdida.

¿Qué había sido de su madre, por qué la había perdido?

Impregnados como estábamos todos por siniestras sospechas, resultaba inevitable que surgiera con insistencia un amargo interrogante sin eco de respuesta:

¿Acaso se trataba de una “desaparecida”?

Por lo cual, aquella escena en la que había arrojado la pelotita desde la ventana, angustiándose frente a la evidencia de su desaparición (entendida en su momento como parte de esos juegos infantiles al servicio de elaborar angustias de separación), adquiriría de pronto una nueva significación particularmente perturbadora.

Todos los niños del mundo de todos los tiempos arrojan objetos a su alcance lejos de sí. Es decir, juegan a que el objeto se va, como magistralmente lo describió Freud en “Más allá del principio de placer”. Pero el juego completo consiste en desaparecer y volver, se admite así, dice Freud, “la partida de la madre escenificando por sí mismo con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar. Sólo por experiencias repetidas el niño comprende que la desaparición de la madre se sigue de un retorno”.

Paula había reaccionado con angustia frente al no retorno del objeto-pelota, frente a la evidencia de su ausencia.

¿Se trataba acaso de la reproducción de una situación traumática vivenciada pasivamente, una vivencia penosa de desvalimiento, de separación y pérdida del objeto amado, una situación de peligro reflejada en ese acto automático?

¿Qué intentaba ver a continuación, mirando por los orificios de los bloquitos? ¿Acaso la imagen mnémica de la persona amada y añorada? Añoranza trocada en angustia, en expresión de desconcierto, de desesperación, de impotencia, y finalmente en irritación cuando comenzó a arrojarlos con furia.

Pero todas estas conjeturas, cualquiera de estas significaciones, bien podían ser el fruto de “fantasías traumáticas” que el proceso nos legó, formulaciones erróneas a veces aceptadas por efecto de la sugestión de todo aquello que se empezaba a develar.

Como el peligro del enfoque reduccionista está siempre acechando, debíamos estar alertas para conjurar ciertos peligros, ya que resulta a veces difícil sustraerse a la fascinación que ejerce el contenido de una historia trágica, lo cual puede impedir percibir la sobredeterminación en los complejos movimientos que llevan a la construcción de cualquier acto o síntoma.

Además, tomar elementos de la historia colectiva para considerarlos como único factor causal, cual verdad suprema, puede llevar a

descuidar la historia singular, o despojar de su peso a la vida imaginaria; lo cual no dejará de pesar en nuestra intervención como analistas.

Finalmente, se trataba sólo de especulaciones que cada uno podía figurarse de acuerdo a su posición subjetiva, frágiles teorías tejidas bajo el impacto del eco de todo aquello que comenzaba a develarse; ya que nunca se podría llegar a alcanzar un convencimiento total en relación a ninguna de las hipótesis desarrolladas.

Por otra parte: ¿qué decir respecto de estos padres sobre los cuales había recaído la sombra de la sospecha?

¿Cabía preguntarse por los motivos por los cuales habían omitido intencionalmente referir el hecho de la adopción, más aún, habían suministrado datos falsos, es decir, habían mentido?

Lógicamente, ellos apelaron a argumentos frecuentemente escuchados en tantas historias similares.

Adopciones en las que los bebés eran inscriptos como hijos propios ocurrían con cierta habitualidad en nuestro medio. Justificados, en parte, para eludir lentos y engorrosos trámites burocráticos, y en parte, para evitar supuestos conflictos futuros al niño adoptado. De modo que muchas familias quedaban estructuradas en torno a estos secretos que debían conservarse silenciados.

Ahora bien, aun suponiendo que creyeran haber obrado de buena fe, lo cierto es que se habían apropiado ilegalmente de la niña en un circuito de silencio. Lo cual implicaba involucrar cierta complicidad del analista con las irregularidades de la adopción y, además, lo interpelaba en su confiabilidad.

Pero un nuevo elemento de dramaticidad se había agregado a la escena, pues este hecho había tenido lugar en una época en que los hijos de desaparecidos eran arrebatados de sus familias de origen y fraguadas sus identidades, lo cual permitía imaginar que se trataba de una niña usurpada.

Detrás de todos estos interrogantes había un doble malestar.

Por un lado, por exigir a un ser humano algo tan inhumano como la justificación de una adopción ante el doloroso reconocimiento de su esterilidad; y por otro lado, la recelosa sospecha de estar frente a alguien monstruoso..., o en el mejor de los casos, cómplice de atrocidades.

De modo que cabía preguntarse cuándo el silencio como refugio de lo intolerable debe ser respetado y cuándo debe ser violentado, ya que también cabía la posibilidad de estar frente a simples seres

humanos, que habían cumplido su rol como podían, andando a tientas por el territorio de la vida en una época y en un lugar de catástrofe social.

Pensado de este modo, era factible también, escapar a juicios de valor remitidos a la “bondad” o la “maldad” de las personas de carne y hueso que habían consultado por la niña en ejercicio de su función parental, y tender una mirada abarcativa hacia el sufrimiento de todos y de cada uno de los sujetos capturados y dolorosamente afectados por una trama desgraciada.

¿Habrá que renunciar a las certidumbres y aceptar el carácter conjetural de las hipótesis, reconociendo el imposible domeñamiento de elementos azarosos, desconocidos, que han sumado su influencia en el orden actual?

Tal vez no había historia “oculta” alguna.

O tal vez no querrán jamás confesarnos aquello que ignoramos y ellos saben.

PARA TERMINAR

La consulta relatada da cuenta que nadie sale indemne de la experiencia del horror.

Un psiquismo sometido al estado de amenaza y a la impostura de la ley debe pagar el tributo de una marca, una marca traumática.

En este caso con su corolario de desfallecimiento de la palabra.

No es cuestión de albergar la ilusión de que cerrando los ojos y guardando silencio, estas marcas se perderán en la noche de los tiempos, pues bien sabemos que no por ello han de cesar sus efectos, más allá de las generaciones.

Instituir estas marcas como enigmas a resolver, son surcos de investigación a los cuales no nos podemos sustraer.

Pues el psicoanálisis no invita a la resignación sino a la resignificación; a restablecer la disociación entre pasado y presente, a calmar la intrusión alucinante del traumatismo, y a restituir la experiencia a un nivel de recuerdo pensable.

Por último:

Han pasado ya muchos años, nos encontramos ahora en tiempos diferentes de nuestra República, pero la historia de la humanidad

señala que las experiencias potencialmente traumáticas trascienden las fronteras de los tiempos y de los lugares.

De modo que quiero terminar estas líneas, en estos tiempos de nuestro país y del mundo, con unas palabras de Walt Whitman del poema: “La sociedad de los poetas muertos”.

*No te dejes vencer por el desaliento.
No permitas que nadie te quite el derecho a expresarte,
que es casi un deber.*

*No dejes de creer que las palabras
y las poesías sí pueden cambiar el mundo.*

*No caigas en el peor de los errores:
el silencio.
La mayoría vive en un silencio espantoso.*

BIBLIOGRAFIA

- ABERASTURY, A. *Teoría y técnica del Psicoanálisis de Niños*. Ed. Paidós. 1974.
- *Aportaciones al psicoanálisis de niños*. Ed. Paidós. 1992.
- *El niño y sus juegos*. Ed. Paidós. 1968.
- AMATI SAS, S. “El concepto de ambigüedad en la clínica de las situaciones de extrema violencia social”. Congreso IPA de New Orleans. Marzo 2004.
- ARENDT, H. *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Ed. 1981.
- *La tradición oculta*. Ed. Paidós. 2004.
- AULAGNIER, P. “Construirse un pasado”. *Psicoanálisis APdeBA*, XIII, 3, 1991.
- *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Am.Ed. Bs. As. 1975.
- BARANGER, M.; BARANGER, W.; Y MOM, J. (1987) “El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud. Trauma puro, retroactividad y reconstrucción”. *Rev. de Psicoanálisis A.P.A*, Vol. XLIV, N° 4, 1987.
- BION, W. (1962) *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós, 1980.
- BOTANA, N. *El siglo de la libertad y el miedo*. Ed. Sudamericana, Bs.As. 1998.
- BOTELLA, C. Y BOTELLA, S. *Más allá de la representación*. Promolibro, Valencia, 1997.

- BRAUN, J. Y PELENTO, M. L. "Premio Hayman para trabajos publicados sobre niños y adultos traumatizados". Congreso IPA de New Orleans. Marzo 2004.
- DOLTO, F. *El niño y la familia*. Ed. Paidós. 1998.
- FERENCZI, S. *Diarios clínicos*. Amorrortu. Ed. 1997.
- FREUD, A. *Psicología del niño*. Ed. Hormé. 1990.
- *Normalidad y patología en la niñez*. Ed. Paidós. 1974.
- FREUD, S. (1905) Tres ensayos de teoría sexual. *A. E.*, VII.
- (1909) Análisis de la fobia de un niño de cinco años. *A. E.*, X.
- (1912) Sobre la dinámica de la transferencia. *A. E.*, XII.
- (1914) Introducción al narcisismo. *A. E.*, XIV.
- (1918) De la historia de una neurosis infantil. *A. E.*, XVII.
- (1918) Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. *A. E.* XVII.
- (1919) Lo Ominoso. *A.E.* XVII.
- (1920) Más allá del principio de placer. *A. E.*, XVIII.
- (1923) El yo y el ello. *A. E.*, XIX.
- (1926) Inhibición síntoma y angustia. *A. E.*, XX.
- (1937) Construcciones en psicoanálisis. *A. E.*, XXIII.
- (1939) Moisés y la religión monoteísta. *A. E.*, XXIII.
- FRIZZERA, O.; LUSTIG DE FERRER, S.; R. DE FERDER, L.; ROZENBAUM DE SCHVARTZMAN A.; ZASLAVSKY, L. (Coordinadora). "Psicoanálisis de niños hoy". Mesa Redonda. *Rev de Psicoanálisis APA*. 1998:1.
- GREEN, A. "La madre muerta". *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. *A. E.*, 1980.
- HOBBSBOWN, E. *Historia del siglo XX*. Crítica. Grijalbo. Mondadori. Barcelona. 1995.
- KHAN, M. (1963) "The concept of accumulative trauma". "The privacy of the self". Hogarth Press. Londres. 1974.
- KLEIN, M. *Introducción al Psicoanálisis de niños*. Ed. Paidós. 1974.
- *Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*. Ed. Paidós. 1965.
- *Desarrollos en Psicoanálisis*. Ed. Paidós. 1974.
- LEVI, P. *Si esto es un hombre*. Ed. Muchik. Barcelona. 1987.
- MAHLER, M. *El nacimiento psicológico del infante humano*. Ed. Marymar. 1975.
- *Simbiosis humana: las vicisitudes de la individuación*. Ed. J. Mortiz. 1972.
- MANNONI, M. *La primera entrevista con el psicoanalista*. Ed. Gedisa. 1992.
- ROMERO, J. L. *Breve historia de la Argentina*. Tierra Firme Ed. 1997.
- ROZENBAUM DE SCHVARTZMAN, A. "Acerca de la depresión en la infancia". *Rev. de Psicoanálisis*, L, 1, 1993, A.P.A.

- “Historias e historiales en el psicoanálisis”. *Historia. Historiales*. Ed. Kargieman. Bs. As. 1994.
- “Esos locos bajitos. Acerca de la técnica de juego”. *Rev. de Psicoanálisis* APA, 1996:3.
- “Más allá de la historia”. *Clínica Psicoanalítica de Niños y Adolescentes*. Ed. Lumen. 1998.
- “Obstáculos en la cura. El quehacer del psicoanalista”. “Cuestiones de la Infancia”. N° 4, *Rev. de Psicoanálisis con niños*, 1999.
- “Marie Langer”. En *Escenarios femeninos. Diálogos. Controversias*. Ed. Lumen 2000. *Rev. de Psicoanálisis* APA 2004: 1.
- “Trauma temprano y su potencialidad patógena”. Comunicación personal. 2000.
- “Padecer por otros”. “Trauma y transmisión generacional”. “Conceptualizaciones a partir de la consulta por un niño”. *Rev. de Psicoanálisis* APA, 2001: 3.
- *Había una vez: El Departamento de Niños y Adolescentes. Su historia y desarrollo en APA en 60 años de Psicoanálisis en Argentina. Pasado - Presente - Futuro*. Ed. Lumen 2002.
- WINNICOTT, D. W. (1971) *Realidad y Juego*. Ed. Gedisa. 1992.
- *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Ed. Laia. 1979.
- *Clínica Psicoanalítica Infantil*. Ed Horme. 1980.
- *El proceso de maduración en el niño*. Ed. Laia. 1975.
- “El miedo al derrumbe”. En *Exploraciones psicoanalíticas I*. Ed. Paidós. 1991.

Ana Rozenbaum de Schvartzman
Cabello 3565, 10° B
1425 Capital Federal
Argentina